

gulosos de haber sido fuertes y buenos, de haber engendrado mucho y creado mucho, dando al mundo alegría, salud y esperanza, a través de las luchas eternas y de las eternas lágrimas.

¶

Mateo y Mariana vivieron más de veinte años, y él contaba noventa, y ella ochenta y siete, cuando sus tres primogénitos Dionisio, Ambrosio y Gervasio, concertaron celebrar sus bodas de diamante, 70º aniversario de su matrimonio, con una fiesta en que se reunirían, en el dominio de Chanbled, todos los individuos de la familia. Aquello no era tan fácil como parecía. Cuando tuvieron hecha la lista exacta, encontraron, nacidos de Mateo y de Mariana, cincuenta y ocho descendientes, entre hijos, nietos y biznietos, sin contar algunos recién nacidos, los de la cuarta generación. Añadiendo los parentescos contraídos, las esposas y maridos venidos de fuera de la familia, serían trescientos. Y ¿dónde encontrar en la granja una habitación capaz para poner la enorme mesa del almuerzo patriarcal que soñaban? El aniversario se cumplía el día 2 de junio, y la primavera era, aquel año, de una dulzura y esplendor incomparables. En vista de esto, se decidió que el almuerzo se celebraría al aire libre, enfrente del antiguo pabellón, en medio del gran cuadrado, cerrado por cortinas de árboles soberbios, que dejaban aquel trozo de terreno convertido en una inmensa sala de verdor. Allí estarían en su casa, entre la hierba bienhechora, bajo aquella gigante encina central, plantada por los viejos, cuya pu-

lulante descendencia iba a celebrar su fecundidad feliz.

La fiesta quedó concertada, organizándola sus iniciadores con verdadero fervor y alegría. Todos sintieron deseos vehementes de asistir, y acudieron a la cita triunfal desde los viejos de cabellos blancos, hasta los galopines que chupaban todavía su pulgar. No faltó tampoco el cielo azul; el sol resplandeciente, el dominio entero, los campos en flor, las fuentes murmuradoras, todo se asoció a la fiesta. Era magnífico el espectáculo que ofrecía aquella larguísima mesa, colocada entre las hierbas, con su lujosa vajilla y sus manteles blancos, niveos, acribillados a través del follaje por una dorada polvareda del astro rey. El agosto matrimonio, el padre y la madre, debían sentarse juntos, uno al lado de otro, en el centro, bajo la encina. Después, todos los matrimonios harían lo mismo, sentándose cada marido al lado de su mujer, por rango de generación, y en cuanto a los jóvenes, las mozas, los galopines y las niñas, se sentarían a su placer, donde quisieran o pudiesen.

Desde por la mañana, irían llegando en grupos, al nido común de la familia dispersa, por los cuatro puntos del horizonte; sin embargo, la muerte había visitado a muchos que no podrían asistir. Los huéspedes del cementerio de Jonville dormían tranquilamente, aumentando su número de cada año. Después de Rosa y Blas, que fueron los primeros en partir para siempre, otros les habían seguido, para dormir como ellos el sueño eterno, llevando al cementerio cada vez un pedazo del corazón de aquella familia, haciendo de aquella tierra sagrada, una tierra de culto, de imperecedera memoria. Carlota, tras largo tiempo de sufrimiento, habíase reunido a Blas, dejando, para que la reemplazara cerca de Mateo y Mariana, a su

hija Berta. Después, murió Clara, dejando a su marido Federico, y a su hermano Gervasio, cuya esposa murió también al año siguiente. Más tarde falleció Gregorio, el dueño del molino, quedando Teresa con una numerosa descendencia. Después, la espiritual Margarita, la esposa del doctor Chambouvet, había muerto a consecuencia de haber recogido en su casa dos hijos de una pobre obrera atacados del crup. Y no contaban las otras pérdidas, las de las esposas y maridos ingresados en la familia, ni a sus hijos, todas las queridas criaturas arrastradas por las ráfagas de huracán que soplan a través de la miés humana, criaturas desaparecidas que los vivientes lloran y hacen santa la tierra en que reposan.

Pero si los muertos queridos dormían allá abajo, ¡qué tumultuosa alegría y qué victoria de la vida, en aquella mañana, por todas las vías que conducían a Chantebled! Morían muchos; pero nacían más, pues toda una florecencia de seres parecía difundirse de cada muerto. Llegaban de todas partes, en bandadas, como vuelven las golondrinas en la primavera a festejar sus viejos nidos, llenando el cielo azul con la alegría de su retorno. Continuamente se apeaban de los carruajes delante de la granja, nuevos matrimonios con rebaños de chiquillos, cuya ola de cabezas rubias subía siempre. Los bisabuelos de cabellos de nieve, conducían de las manos chiquitines que apenas empezaban a andar. Había allí viejas tan bien conservadas y hermosas aún, que a las jóvenes de fresca resplandeciente rejuvenecían; madres encinta; padres que habían tenido la idea de invitar a la fiesta a los prometidos de sus hijas, primos y primas en todos los grados, en todas las mezclas imaginables, hasta la cuarta generación. Era una sola familia, un pequeño pueblo, con un

solo pensamiento de alegría y de orgullo al celebrar aquellas bodas de diamante tan raras por lo prodigiosas: las bodas de los dos seres glorificados por la vida, de quienes descendía todo aquel pueblo. ¡Y qué enumeración épica que hacer! ¿Cómo nombrar a todos cuantos iban llegando a la granja? ¿Cómo decir simplemente sus nombres, sus edades, sus grados de parentesco, la salud, la fuerza, la esperanza que habían aportado al mundo?

Luego fueron llegando todos cuantos en la granja habían lucido. Gervasio, de sesenta y dos años, acompañado de sus dos hijos primogénitos, padres de diez hijos, y sus tres hijas, casadas y con otros doce vástagos. Federico esposo de Clara, de cinco años más que Gervasio, había cedido su cargo de lugarteniente fiel a su hijo José, mientras que sus dos hijas, Angela y Lucía, y su último hijo Julio, todos los cuales servían igualmente en la granja, reunían un pequeño rebaño de quince hijos, entre varones y hembras. Teresa, viuda de Gregorio, llevó su descendencia, compuesta de su hijo Gregorio, que bajo sus órdenes dirigía a la fecha el molino, y sus tres hijas, que traían consigo otros catorce descendientes. En seguida se presentaron Luisa, la mujer del notario Mazaud, Magdalena, la esposa del doctor Herbet, seguidas del médico Chambouvet, viudo de la buena Margarita; tres valientes cuadrillas, la primera con cuatro hijas, la segunda con cinco chicos, y la tercera con un muchacho y una niña; todo pululaba allí; había veinte biznietos. Por fin, llegaron Dionisio y su esposa Marta, seguidos de un gran cortejo. Dionisio, de sesenta años próximamente, bisabuelo por sus hijas Hortensia y Marcela, saboreando la paz y tranquilidad de su labor cumplida desde que abandonó la fábrica en manos

de sus primogénitos Luciano y Pablo, hombres de más de cuarenta años, cuyos hijos estaban ya en marcha hacia todas las fortunas, era una verdadera tribu invasora que descendió de cinco carruajes, formada por el matrimonio, cuatro hijos, quince nietos y tres biznietos, dos de ellos en mantillas aún. Finalmente, llegó Ambrosio, que había tenido la honda pena de perder en temprana hora a su esposa Andrea, de tan fresca vejez, que a los sesenta y siete años dirigía todavía su casa de comisión, en la que, sus hijos Leoncio y Carlos, quedaban de empleados, donde sus yernos, los maridos de sus hijas Paulina y Sofía, temblaban en su presencia, donde era rey absoluto, obedecido de todos, abuelo de siete gallardos mozos ya barbudos, de nueve chicas, fuertes y robustas, de las que cuatro acababan de hacerle bisabuelo, antes aún que Dionisio, su primogénito. Necesitaron para llegar a la granja seis carruajes. El desfile había durado dos horas y la granja estaba llena de una multitud regocijada, feliz y alegre bajo el claro sol de junio.

Entretanto, Mateo y Mariana todavía no habían llegado. Ambrosio, organizador de la fiesta, les había hecho prometer que permanecerían en sus habitaciones mientras él no fuera a buscarles, pues quería que la presentación de aquellos soberanos a su pueblo, resultase solemne. Cuando llegó el momento, dirigióse Ambrosio hacia la cámara ocupada por sus padres, encontrando la puerta guardada por su hermano Benjamín, semejante a un guardia de Corps. En medio de todo aquel pululamiento, de aquella población que tanto había trabajado y que con tan sorprendente fecundidad se había multiplicado, Benjamín había quedado el único ocioso, el solo infecundo a los cuarenta y tres años, sin esposa, sin hijos, no viviendo más

que para la alegría del hogar, siendo el compañero inseparable de su padre y el devoto apasionado de su madre, a quien los dos habían tenido el dulce egoísmo de conservar, queriéndolo para ellos solos, pensando que la vida, a la cual habían entregado tantos otros, bien podía regalarles aquel hijo, el último de la nidada. Desde luego, Mateo ni Mariana no se habían opuesto nunca a que Benjamín se casase; pero más tarde, cuando le vieron dudar, rehusar toda mujer, tras la pérdida de la única a quien había amado, sintieron una secreta y grande alegría. Sin embargo, con el tiempo, les habían asaltado remordimientos inconfesables, en medio de la felicidad que saboreaban al gozar con la presencia de Benjamín como con la de un tesoro salvado, en quien se deleitaba su vejez, tornada avariciosa al declive de una tan amplia prodigalidad. ¿Su Benjamín no sufría por haber sido acaparado, encerrado para su dicha, entre aquellas cuatro paredes?

En todo tiempo se había mostrado inquieto, soñador; parecía que buscaba sin cesar el más allá de las cosas, el país ignorado de la satisfacción perfecta, allá abajo, tras el horizonte. Y ahora cuando los años se iban haciendo cada vez más pesados, cuando ya no era un joven, su tormento parecía agravarse, como si se hubiese desesperado secretamente de no poder tentar lo desconocido, antes de concluir inútilmente su existencia. Benjamín abrió la puerta y Ambrosio dió las ordenes necesarias, apareciendo al poco en la glorieta Mateo y Mariana. Una aclamación de alegría y entusiasmo les acogió. Todos palmoteaban y vito-reaban al matrimonio, gritando:

—¡Viva el padre! ¡Viva la madre! ¡Larga vida para los dos!

A los noventa años, Mateo se conservaba muy

bien, derecho, metido en su levitón negro, como un recién casado; la cabeza descubierta, blanco el cabello que en otros tiempos llevara siempre recortado y que ahora había dejado crecer por una última coquetería, desde que parecía ser como la primavera del viejo árbol vigoroso. Su rostro había podido secarse, arrugarse a consecuencia de la edad; pero sus ojos conservaban la expresión de la juventud, aquella expresión de hombre pensador, y de acción al propio tiempo, sencillo, alegre y bueno. Mariana, a los ochenta y siete años, vistiendo traje blanco de desposada, se mantenía también muy derecha, fuerte y hermosa todavía, con su belleza sana de otros tiempos, sus caderas vigorosas, que habían llevado un mundo, su abundoso pecho, que lo había alimentado. Igualmente blanca, el rostro dulcificado, iluminado de una última alba, semejaba uno de esos mármoles sagrados, de los cuales el tiempo ha arrebatado los rasgos, sin poder destruir el tranquilo esplendor de vida; Cibeles fecunda, encontrada en una granja.

Del brazo los dos, el uno junto al otro, como buenos esposos que han marchado setenta años sin separarse jamás, Mateo y Mariana, con los ojos humedecidos por las lágrimas, contemplaban alegremente a su pueblo, a la familia pululante, nacida de su amor, a aquella multitud que continuaba aclamándole entusiastamente:

—¡Viva el padre! ¡Viva la madre! ¡Larga vida para los dos!

Entonces se celebró la ceremonia del obsequio, siendo la encargada de ofrecer el bouquet a los viejecitos, una preciosa niña de cinco años, Rosa, la primogénita de los hijos de la cuarta generación. Era la hija de Angelina, hija de Berta, quien, a su vez lo era de Carlota, la esposa de Blas. Cuando los dos ancianos vieron avanzar a la pre-

ciosa criatura hacia ellos con su gran ramo, su emoción aumentó grandemente y llorando a lágrima viva, de pura felicidad, balbucearon:

—¡Oh! ¡Nuestra pequeña Rosa!..... ¡Nuestro Blas, vuestra Carlota!...

Todo el pasado parecía revivir. Se había bautizado a aquella niña con el nombre de Rosa, en memoria de aquella hija querida, tan llorada, que dormía allá abajo, en el pequeño cementerio de Jonville. Blas había ido a su vez a sumirse con su hermana y Carlota les había seguido. Entonces Berta, su hija, que se había casado con Felipe Haward, Angelina y Jorge Delmas, estaban en pie. Eran el mundo que Rosa representaba, eran los muertos, los supervivientes, una larga descendencia floreciente, los dolores y las alegrías, todo el valiente trabajo de procreación, todo el río de vida, que terminaba en aquel ángel querido, rubio, delicado, en cuyos ojos resplandecía el porvenir.

—¡Oh, nuestra Rosa, nuestra Rosa!...

La niña, llevando el hermoso ramo en sus manecitas, había avanzado. Desde hacía quince días estaba aprendiendo un bonito discurso de salutación y enhorabuena, y todavía por la mañana se lo había recitado a su madre, seguido, sin un tropiezo, ni una falta; pero cuando se vió delante de los abuelitos, en medio de aquella población expectante, su emoción fué tal, que no pudo recordar ni una sola palabra del discurso. No obstante, no se inquietó por aquella traición de la memoria, y cuadrándose, saltó al cuello de Mariana y Mateo, gritando con su vocecita aguda:

—¡Abuelito, abuelita! Hoy se celebra vuestra fiesta y yo os abrazo con todo mi corazón.

La feliz ocurrencia de la niña mereció la aprobación de todos, los que la encontraron aún mucho

mejor que la salutación. Risas coreadas, ruidosos aplausos, estruendosas aclamaciones, resonaron, sentándose seguidamente a la mesa, la cual, en forma de herradura, se extendía bajo la gigantesca encina, en medio de un trozo de cuadrado de terreno, cuya hierba había sido segada previamente. Mateo y Mariana, siempre cogidos del brazo, fueron a sentarse en el centro, adosados los dos al tronco de la gran encina. A la izquierda de Mateo, tomaron asiento Marta y Dionisio, Luisa y su marido, el notario Mazaut; a la derecha de Mariana, se sentaron Ambrosio, Teresa, Gervasio y el doctor Chambouvet, todos viudos. Después de otro matrimonio, Matilde y su marido, el arquitecto Herbette, y por último, Benjamín, solo. A continuación, por rango de generación, se colocaron los demás matrimonios, y, finalmente, conforme se había decidido, la juventud, la infancia, el rebaño de chiquillos instalado a su gusto, haciendo un verdadero derroche de turbulencia.

¡Ah! ¡Qué momento de soberana alegría para Mateo y Mariana! Se vieron allí en medio de su triunfo, de una gloria en la que ni siquiera se hubieran atrevido a soñar. La vida, como para recompensarles de haber tenido fe en ella, de haberla propagado tan denodada y bravamente, parecía haberse complacido en prolongar su existencia más allá de los límites comunes, a fin de que pudiesen ver con sus ojos la maravillosa florescencia de su obra. Todo su Chantebled estaba de fiesta; todo lo que habían creado, de útil, hermoso, se encontraba allí reunido. De los campos cultivados, conquistados a los pantanos, llegaba el ruido del estremecimiento de las altas mieses; de los pastos, a través de los lejanos bosques, llegaba el rumor de los resoplidos del ganado, de los numerosos rebaños, del arca continuamente acre-

cida; de las fuentes descubiertas, cuyas aguas fertilizaron los eriales, oíase el constante murmullo. Aquella era la obra social realizada, el pan conquistado, las subsistencias creadas, sacadas de las tierras antes incultas. Por su parte, la decoración en que se daba aquella fiesta, no podía ser más hermosa. Aquellos olmos y aquellos ojaranzos, que convertían la glorieta en una vasta sala de verdor, los habían plantado Mateo y sus allegados; todos ellos los habían visto crecer día por día, como los más pacíficos y más fuertes de sus hijos. Aquella encina, sobre todo, gigante a la sazón, gracias a las aguas del estanque por el que corría continuamente una fuente, era su gran hijo, el que Mateo y Mariana habían plantado allí el día de la fundación de Chantebled, él, abriendo el hoyo, ella sosteniendo el tallo de la planta joven. Al sombrearles ahora con su inmensa verdura, ¿no era el real símbolo de la familia entera? Al igual que Mateo, aquel árbol era innumerable. Como él, se había multiplicado, extendido sin fin las ramas que cubrían a lo lejos el suelo; como él, era por sí solo toda una floresta, nacida de un solo tronco, viviendo de la misma manera, robusto con la misma salud. Adosados a aquel coloso, Mateo y Mariana, se confundían en su gloria, en su soberana majestad, en el mismo trono, habiendo engendrado tantos seres como él ramas contaba. Al su derecha, a su izquierda, los trescientos convertidos no eran más que su prolongación, el mismo árbol de vida nacido de su amor, teniendo todavía su misma sangre por todas sus fibras.

Ambos sentían la alegría de todos al festejarles, el enternecimiento de los viejos y la turbulencia de los jóvenes; ambos oían el estremecimiento de su propio corazón hasta en el pecho de los galopines de rubia cabecita, que reían ya al atisbar

los pasteles de los postres. Su obra de creación humana se encontraba allí sumida, enfrente de ellos, en ellos mismos, como la gigante copa de la encina; y por todas partes, a su alrededor, la otra obra les bañaba de fecundidad con aquella creación de la Naturaleza que se había extendido y fertilizado a medida que ellos iban multiplicándose.

Entonces aparecieron en toda su grandeza Mateo y Mariana. Durante setenta años se habían amado y se adoraban al cabo de ellos como el primer día. Durante setenta años habían marchado juntos, del brazo el uno del otro, sin contiendas, sin una sola infidelidad. Venidos de tan lejos, con el mismo paso confiado y seguro, recordaban ciertos grandes dolores; pero éstos les habían herido siempre en su amor de padres, jamás en el cariño de esposos. Si habían sollozado algunas veces se consolaron llorando juntos. Bajo sus blancas cabelleras, habían guardado su fe de los veinte años, y sus corazones quedaban el uno del otro como al siguiente día de sus bodas, habiendo dado cada uno el suyo sin haberlo recogido jamás. Aquel era el lazo de amor, indisoluble, el matrimonio único, el que asegura la vida entera, ya que no hay felicidad más que en lo eterno. Su feliz éxito era debido a haber tenido los dos la potencia de amar, la voluntad de obrar y el divino deseo de la llama, que crea los mundos. No había conocido él otra dicha que la pasión de crear, pensando que la otra lucha y las que quedaban por realizar, eran su deber y su recompensa. Ella, adorando a su marido, se había afanado en ser la compañera, la esposa y la madre, además de mujer de buen consejo, dotada de un juicio claro, que resolvía todas las dificultades. Así era como, estrechando más sus lazos de amor a cada nuevo hijo que te-

nían, habían acabado por confundirse el uno en el otro. Eran la razón, la salud, la fuerza. Habían triunfado siempre a través de los obstáculos y las lágrimas, gracias a aquella fidelidad común y porque continuamente sentían renacer su ternura, que les amparaba como corazón inquebrantable. No podían ser vencidos, porque no querían serlo. Terminaban como héroes, como conquistadores de la dicha, más unidos aún que el día en que se dieron la mano de esposos, hermosos y venerables, a pesar de su extrema vejez, teniendo la aureola, que irradiaba aquella existencia tan larga, llenada por un solo amor. Los innumerables descendientes que allí estaban, la tribu conquistadora, nacida de sus entrañas, no tenía otra fuerza que la de unión heredada, aquel amor leal de los antepasados, legado a los hijos, aquella afición de unos para otros que les impulsaba a prestarse fraternal apoyo. Empezó el servicio de la mesa. Todos los criados de la granja estaban encargados de él; casi todos eran hijos de la propiedad y podía decirse que pertenecían a la familia.

Bruscamente cesaron todos de comer. Un acontecimiento inesperado acababa de ocurrir. En el centro del hueco que dejaban los dos brazos de la mesa, estaba un joven a quien nadie conocía. Sonreía alegremente, y no se detuvo hasta hallarse enfrente de Mateo y Mariana. Entonces exclamó con voz recia:

— ¡Buenos días, abuelo! ¡Buenos días, abuela!... Que pongan un cubierto más, pues yo también soy de la fiesta.

Todos quedaron muy sorprendidos. ¿Quién era aquel joven, a quien nadie conocía? No era probable que fuese de la familia, pues en tal caso, sabrían su nombre. ¿Por qué saludaba a su abuelo,

dándole aquel nombre venerado? Lo que causaba más sorpresa, era el gran parecido que tenía con Mateo; era un Froment a punto fijo, de los que tenía los ojos claros y la frente alta.

Mateo revivía en él. El recién llegado era la viva imagen de Mateo cuando empezó la conquista de Chantebled. Mateo se levantó femblososo, en tanto que Mariana sonreía, habiendo comprendido la verdad del caso.

—¿Quién eres, hijo mío, tú que me llamas abuelo, y que pareces mi hermano?

—Soy Domingo, el hijo mayor de vuestro hijo Nicolás, que vive con mi madre Isabel en la otra Francia.

—¿Qué edad tienes?

—Cumpliré veintisiete años en agosto próximo, cuando las aguas del Níger, el buen gigante, fecundarán nuestros campos inmensos.

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—Me casé con una francesa, nacida en el Senegal, y en nuestra casita de ladrillo, crecen cuatro niños, bajo el sol inflamado del Sudán.

—¿Y tienes hermanos y hermanas?

—Mis padres han tenido dieciocho hijos, de los cuales quedan dieciséis: nueve varones y siete hembras.

Mateo sonrió alegremente, como para decir que su hijo, a los cincuenta años, era un gran obrero de la vida que trabajó mejor que él. Miró a Mariana, que sonreía encantada.

—Entonces, hijo mío, ya que eres el hijo de mi hijo Nicolás, abrázanos. Ahora pondrán tu cubierto, estás en tu casa.

Domingo, a grandes pasos, dió la vuelta a la mesa y estrechó entre sus robustos brazos a los dos viejos, que desfallecían de emoción; tan agradable era la sorpresa por la llegada de aquel in-

esperado hijo que iba a recordarles otra familia, el otro pueblo nacido del mismo tronco, en camino de pulular allá abajo, con una fecundidad aumentada por el sol de los trópicos.

Aquella sorpresa se debía a Ambrosio, el cual explicó seguidamente aquel efecto de teatro, preparado por él. Desde hacía ocho días tenía alojado en el hotel a Domingo, enviado del Sudán por su padre, precisamente para tratar con él ciertos asuntos comerciales de exportación y para encarar a la fábrica de Dionisio toda una partida de máquinas agrícolas de construcción especial, adaptada a aquel suelo. Cuando los convidados vieron a Domingo entre los brazos de los dos viejos y se conoció la historia completa de lo ocurrido, hubo una alegría extraordinaria, nuevas aclamaciones y una acogida entusiástica que dejó poco menos que asfixiado al representante de la familia hermana, al príncipe de la segunda dinastía de los Froment, habitante en la prodigiosa Francia futura.

Mateo, alegremente, dió algunas órdenes.

—Poned su cubierto aquí, frente a nosotros dos... Estás ahí, Domingo, como el embajador de un poderoso imperio. En ausencia de tus padres, representas nueve hermanos, sin contar tus cuatro hijos. Vamos, siéntate y empecemos.

La comida, a la sombra de la gran encina, fué de una alegría enternecedora. Una frescura agradable subía de las hierbas; parecía que la Naturaleza amiga aportase también sus caricias al festín. Las risas no cesaron; los mismos viejos estaban jugueteros, como niños. Toda la descendencia era de una belleza sana, y la alegría reinaba por completo, viéndose retratada en los niños radiantes, las jóvenes señoritas, los muchachos adora-

bles, los esposos unidos. ¡Y con qué apetito sólido, con qué gozoso apetito y tumulto se acogía cada plato, y qué honores se hacían al buen vino para festejar la larga vida de los patriarcas, la gracia suprema que les había reunido a todos en aquellas circunstancias.

A los postres hubo brindis entusiásticos; pero todas las conversaciones giraban sobre la agradable sorpresa de la llegada de Domingo, cuya inesperada presencia daba calor a la creciente pasión de la familia. Cuando el café fué servido, las preguntas se cruzaron, y fué preciso que Domingo hablase.

—¡Oh! ¿Qué queréis que os diga?—contestó a Ambrosio, que le preguntaba su opinión acerca de Chantebled.—Temo mucho no ser todo lo amable que quiero y debo ser para este país y para vuestra obra, si os hablo francamente. Sin duda el cultivo es aquí un verdadero arte, un esfuerzo admirable de voluntad y ciencia. Vosotros trabajáis mucho; pero, ¡Dios mío! ¡Cuán pequeño es vuestro reino! ¿Cómo podéis vivir aquí, sin molestar cada cual a quien tiene a su lado? Estáis enterrados en criaderos profundos, donde no podéis respirar libremente. Lo que llamáis vuestros grandes dominios, no son más que terrenos, donde vuestras contadas bestias me hacen el efecto de algunas hormigas extraviadas... ¡Ah! ¡qué inmensidad la de mi Niger, qué inmensidad la de las llanuras que riega; qué inmensidad la de nuestros campos de allá, limitados sólo por el horizonte!

Benjamín le había escuchado atentamente desde su asiento.

Desde que Domingo se hallaba allí, no separaba los ojos de él, con toda la pasión soñadora que sentía. Y cuando le oyó hablar así, abandonó su sitio y fué a sentarse a su lado,

—El Niger, la llanura inmensa... Cuenta, cuenta todo eso.

—¡Oh! ¡El Niger, el río gigante, el padre de todos los ríos!... Yo tenía ocho años apenas cuando mis padres abandonaron el Senegal, empujados por la esperanza loca de la conquista. Hay algunas jornadas de marcha para ir de San Luis a nuestra granja actual, situada más allá de Diesmé.

»No me acuerdo ya del primer viaje; me parece que he nacido, brotado del buen Niger. Es inmenso el correr de sus olas, semejantes a las del mar, de una anchura tal, que ningún puente lo domina y atraviesa; de una corriente tal, que llena el horizonte de un extremo a otro.

»Tiene archipiélagos, brazos cubiertos de hierbas como prados; tiene sus islas deliciosas, tiene sus tempestades... es el anciano, el fundador, el fecundador; es quien ha engendrado el Sudán, le ha dotado de sus riquezas incalculables, disputándolo a la invasión de los Galvasas vecinos; es quien cada año, en las estaciones regulares, se desborda, inunda el valle como un Océano.

»Como el Nilo ha vencido los arsenales, es el padre de innumerables generaciones, el Dios Hacedor de un mundo todavía desconocido, que más tarde enriquecerá a la vieja Europa... ¡Y la llanura del Niger, la colosal hija de aquel gigante!... ¡Ah! ¡qué pura inmensidad! ¡qué libre vuelo hacia lo infinito!

»El llano se abre, se extiende, retrocede, sin obstáculos, sin límites.

»Llanura y siempre llanura; campos prolongados por otros campos, hasta perderse de vista, donde el arado podría trabajar meses y meses sin llegar hasta el fin.

»Allí se recogerá la alimentación de un gran pueblo el día en que el cultivo se practique como aquí,

con valor y con arte, pues el terreno está virgen aún, a pesar de haberlo creado el río hace miles de años.

»Aquél reino pertenecerá mañana al osado trabajador que lo tome hoy, y que poseerá, no ya hectáreas, sino leguas de terreno laborable. Y ¡qué alegría al respirar aquella inmensidad!

»¡Qué vida tan sana y fuerte, no estando hacinados los unos sobre los otros, sintiéndose libres, potentes, dueños de la parte de tierra que se ha escogido, bajo el sol que luce para todos!...»

—¿Cómo están ustedes instalados? ¿cómo viven? ¿cuáles son sus costumbres?

Domingo se echó a reír, pues comprendía lo mucho que iba a admirar a aquellos parientes desconocidos, que estaban pendientes de sus labios, movidos de una curiosidad que cada vez iba en aumento.

Poco a poco algunas mujeres y ancianos se habían levantado para acercársele.

Los mismos niños le rodeaban, como si les contara un cuento.

—Vivimos en república; somos la comunidad para la cual cada uno ha de trabajar en favor de la obra fraternal. En la familia hay obreros de toda especie. Nuestro padre es un buen albañil, pues al llegar al Níger tuvo que construir la casa. El mismo fabricó los ladrillos con la arcilla que abunda cerca de Diésmé. La granja está convertida en una aldea y cada hijo que se case tendrá casa propia. No crean ustedes que únicamente somos labradores; también nos dedicamos a la caza y a la pesca. Tenemos barcas y el Níger está muy poblado; de modo que pescamos cuanto queremos. La caza bastaría también para mantener a la familia, pues no pueden imaginarse ustedes las enormes bandas de perdices y pintadas, de flamencos

y pelícanos, sin contar los millares de pájaros y cuadrúpedos que allí pululan de una manera maravillosa. A veces llegan hasta cerca de la granja algunos leones negros, grandes águilas volando lentamente pasan por encima de nuestras cabezas, y al caer de la tarde, grupos de tres o cuatro hipopótamos se bañan en el río y juguetean alegremente. Somos, sin embargo, labradores más que nada, reyes de la llanura, cuando el Níger se retira después de haber abonado nuestras tierras. Nuestra propiedad no tiene límites, llega hasta donde el esfuerzo de nuestro trabajo puede extenderse. Lo que les gustaría a ustedes es ver a los labradores indígenas cuando siembran, sin más aperos de labranza que unos palos con los cuales arañan el suelo antes de echar la semilla. A pesar de ello, como la tierra es muy fértil y el sol muy ardiente, la cosecha es siempre magnífica. ¡Cuando nosotros empleamos el arado, no pueden ustedes imaginarse lo prodigiosa que son las cosechas, cuán abundante es el grano que recogemos! El día que funcionen las máquinas agrícolas que he venido a comprar, necesitaremos verdaderas flotillas de buques para enviarles a ustedes el exceso de nuestra producción. Cuando empieza la baja del río, cultivamos el arroz, que da dos cosechas al año. El mijo y el algodón producen grandes ganancias. Cultivamos el maíz y el índigo y tenemos huertas de cebollas, pimientos, tomates y cohombros. Hay, después las producciones naturales del país, los árboles que producen la goma, de los cuales tenemos una verdadera selva, y los árboles de manteca, de harina y de seda, que crecen en nuestras tierras como las pitas a la orilla de sus caminos... Somos también pastores y tenemos rebaños innumerables. Las cabras y carneros de lana larga y sedosa los tenemos por millares; nuestros caba-

los galopan en nuestros parques grandes como ciudades, y cuando los bisontes bajan a beber al río, ocupan una extensión de más de una legua. Sobre todo, somos hombres libres, que trabajamos sin traba ninguna, no anhelando otra recompensa que la de poder decirnos que la obra es muy grande, muy hermosa y muy buena, puesto que constituye otra Francia, la Francia de lo porvenir.

Entonces no se detuvo ya.

Sin necesidad de interrogarle, explicó las bellezas naturales de aquel país donde naciera, y por el que sentía inmensa admiración. Diesmé, la antigua ciudad medio egipcia, que reina todavía sobre el valle.

Habló de los cuatro centros Baumakon, Niani-ma, Saigon, Sausending, grandes aldeas que se convertirán en ciudades algún día.

Describió sobre todo a Tombuctú, la gloriosa, desconocida durante tantos años, llena de leyendas, parecida a un paraíso inaccesible, con su oro, su marfil, sus mujeres lindas y complacientes, levantándose como un espejismo de goces, más allá de las arenas inflamadas.

Describía aquella ciudad, doble puerta del Sahara y del Sudán, la ciudad fronteriza donde iba a pasar toda la vida, mezclándose y cambiándose, donde el camello del desierto llevaba las armas y las mercancías de Europa, y las piraguas del Nilo desembarcaban el marfil precioso, el oro que se recoge a flor de tierra, las plumas de avestruz, las gomas, los cereales, todas las riquezas del fecundo valle.

Describía a Tombuctú, metrópoli y mercado del Africa central, con sus montones de marfil y de oro virgen, sus sacos de arroz, de mijo, de maíz, sus ramilletes de plumas de avestruz, sus meta-

les, sus dátiles, sus ropas, su quincallería, su tabaco, sus planchas de sal sobre todo, planchas de sal gemma, traídas de la terrorífica Taonuesmi, la ciudad sahariana de la sal, cuyo suelo es de ese carbonato, mina infernal de esa sal tan preciosa que en el Sudán se usa para los cambios como moneda, más útil que el oro. Hablaba por fin de Tombuctú empobrecida, arruinada, que oculta detrás de sus fachadas leprosas los restos de los tesoros que ha guardado; pero que de nuevo será la ciudad próspera y gloriosa, sentada entre Sudán, granero de la abundancia, y el Sahara, camino de Europa, cuando Francia haya abierto esa ruta, enlazado las provincias del nuevo imperio, fundado la otra Francia desmesurada para la que la patria vieja no será sino el cerebro que dirige.

—Ese es el sueño—exclamó,—la obra gigantesca que se realizará mañana. Argelia enlazada a Tombuctú por el Sahara, las locomotoras eléctricas llegando de Europa a través de los arenales. ¡Tombuctú enlazada al Senegal por medio de las flotillas del Níger, por las otras ferrovías que atravesarán el nuevo imperio! La Francia nueva enlazada a la Francia madre, la antigua patria, por un prodigioso desarrollo de comercio costero, apta para recibir los cien millones de habitantes que deben poblarla algún día. El Transahariano no está construido; hay todavía más de dos mil quinientos kilómetros de desierto pelado, cuya explotación no puede tentar a ninguna compañía a menos que se declare una gran prosperidad en el país. Existe además la cuestión de las razas salvajes, la mayoría de ellas de índole apacible; pero montaraces otras, imposibles de plegar a las exigencias de las nuevas civilizaciones, porque, sobre todo, están fanatizadas por el aislamiento, que debiera extirparse para asegurar nuestra domina-

ción. La vida puede únicamente poblar aquella extensión desmedida de tierra, fundir las razas, armonizar los intereses, hacer que reine al cabo, con la prosperidad, la fraternidad que engendra el bienestar y la dicha. De todos modos, hay que pensar que una Francia nueva ha nacido a lo lejos y que precisa que todos aportemos nuestro esfuerzo si se quiere que prospere y que se aprovechen las numerosas riquezas que guarda en su seno, haciendo que se convierta en la nación más rica y poderosa del mundo.

Movido de su entusiasmo, Benjamín se había puesto en pie y escuchaba con toda su alma comprendiendo que al cabo cristalizaban en una aspiración concreta sus vagos ensueños de adolescente.

—¿Hay muchas familias francesas que colonicen el Sudán?

Domingo se echó a reír.

—Creo—dijo,—que en el Senegal abundan los colonos; pero en el valle del Niger estamos nosotros únicamente. Somos las avanzadas de la civilización, los que vamos a implantarla a riesgo de nuestra vida. Hay que confesar que debemos tener algún mérito, pues nuestra penetración en terreno virgen se les antoja a muchos una simple apuesta contra todo lo que indica el buen sentido. No se acostumbra a ver el espectáculo de una familia blanca que penetra en terrenos completamente desconocidos, que no tiene más protección que la vecindad de un fortín, en que hay un oficial y doce soldados indígenas. Es una locura que el mundo entero condena y que a nosotros nos encanta. Somos los peones que abrimos el camino que luego seguirán pueblos enteros; los colonos que labramos un campo, que luego se convierte en una pro-

vincia; los que fundamos una aldea que, dentro de cien años, será una ciudad.

—Vengan, pues, vengan todos, ya que aquí deben sentirse oprimidos en sus ciudades estrechas y emponzoñadas. Allí hay sitio para todos, tierras nuevas que roturar. ¡Vengan ustedes conmigo, vengan los hombres y las mujeres de buena voluntad, que allí podrán encontrar campo adecuado para su energía y crearán el poder omnipotente de la Francia futura!

Hablaba con tanta convicción, era tan buen mozo, tan robusto, tan bravo, que todos le aclamaron. Nadie le seguiría; pues todos aquellos matrimonios tenían ya un nido construido y arraigado en el suelo natal; pero todos le escuchaban encantados, como si contara un cuento de hadas, al describir la fertilidad y la grandeza tremendas de aquellas tierras vírgenes, que las plantas de una familia francesa, representante de la conquista pacífica del trabajo, hollaban por primera vez. Benjamín fué el único que exclamó:

—Sí, llévame contigo, quiero vivir, quiero sentir el gran aliento de la vida primitiva.

Domingo añadió:

—Aun no le he dicho a usted, abuelo, que mi padre ha dado el nombre de Chantebled a nuestra propiedad africana. A menudo nos cuenta cómo fundaron ustedes aquí su dominio, a pesar de los incrédulos y de los envidiosos. Nuestro padre ha tenido que sufrir lo mismo que usted aquí; también todo el mundo se le burlaba; también han esperado que el Niger se llevara un día nuestra granja, o que una pandilla de negros nos asesine y nos coma. Estoy seguro, sin embargo, de que venceremos, pues la locura de la acción es la prudencia vencedora. Allá abajo habrá en otra Francia otro Chantebled, del cual serán ustedes, abuelo y

abuela, los patriarcas fabulosos, venerados como dioses... ¡Bebo a la salud de ustedes, abuelo y a la suya, abuela, en nombre de su pueblo futuro, que crecerá bajo el sol de los trópicos!

Mateo se había levantado, y con voz fuerte y con emoción profunda, dijo:

—¡A tu salud, muchacho! ¡A la salud de mi hijo Nicolás, de mi nuera Isabel, de todos los que han nacido de su amor! ¡A la salud de los que nacerán mañana, de una en otra generación!

Mariana se había levantado también.

—¡A la salud de las mujeres e hijas de ustedes, de sus esposas y de sus madres! ¡A la salud de las que amarán y parirán y crearán la mayor suma de vida posible!

Entonces se levantaron de la mesa y se esparcieron por el prado; Mateo y Mariana fueron rodeados por sus nietos y biznietos. Aquella era la ola de la fecundidad vencedora, el pueblo salido de sus flancos que les ahogaba a fuerza de caricias. Sus hijos les tendían los brazos, los pequeñitos alargaban sus rubias cabecitas para que les besaran. Ellos, ya tan viejos, que volvían a la infancia, no siempre reconocían a los niños y a las niñas. Se equivocaban, les trocaban los nombres. Todos reían y les hacían memoria. Ellos mismos se reían. Estas equivocaciones no tenían importancia; todos eran hijos suyos. Había allí hombres robustos, mujeres en cinta, muchachos que perpetuarían la raza. Había madres que amamantaban a sus hijuelos, que habían dormido durante la comida y que descubrían sin vergüenza alguna el seno que daba la vida, los rosados pezones, flor de la existencia de donde los pequeños la tomaban. Siempre nuevas semillas engendraban generaciones nuevas, el sol subía siempre sobre el horizonte, la leche y la savia corrían sin fin produciendo nuevas

humanidades. Y aquel río de leche arrastraba los gérmenes por las venas del mundo, y éste se hinchaba y desbordaba llenando los siglos.

Mayor vida para la mayor prosperidad posible; tal era el acto de fe en la vida, el acto de esperanza en su obra justa y buena.

La fecundidad victoriosa era la fuerza incontrastada, el poder soberano que regía los destinos de lo porvenir.

Era la gran revolucionaria, la madre de todas las civilizaciones, la obrera incesante del progreso, rehaciendo sin descanso el ejército de sus luchadores innumerables, lanzando en la corriente de los siglos miriadas de pobres, de famélicos, de sublevados que marchaban a la conquista de la verdad y de la justicia.

No se ha dado un paso en la historia que no lo haya impulsado la fuerza del número, la razón de las necesidades.

Mañana, como ayer, las conquistas se realizarán por las multitudes que van en busca de la dicha.

Y así se obtendrá la igualdad económica como se ha obtenido la política, la equitativa repartición de las riquezas, el trabajo obligatorio restablecido como una necesidad gloriosa, que no es verdad que se imponga a los hombres para rescatarlos del pecado; es, por el contrario, una nobleza, una fuerza, un honor, el más precioso de los bienes, la salud, la alegría, la fuerza, el alma misma del mundo siempre en movimiento, en creación.

Trabajo representa el niño que nace, trabajo la vida que se vive moralmente, sin perversión estúpida, trabajo es el gran ritmo de las tareas cotidianas.

El trabajo hará que desaparezcan las miserias,

el crimen social abominable que hace que unos pocos se beneficien del esfuerzo de muchos.

Y cuantos más niños nazcan, más riqueza y más fuerza serán engendradas, acreciendo el capital humano, sin que los hijos de uno se conviertan en carne de hospital o de prostitución, para que huelguen los hijos de otros.

Y la vida habrá vencido una vez más, sacudiendo para siempre la execrable pesadilla del catolicismo, del cual, por dos veces, en los siglos xv y xviii, trataron de libertarse los pueblos, y quedará aniquilado, el día en que el culto de la tierra y de la mujer fecundas engendrará el poder soberano.

En aquel momento supremo, en el seno de la radiosa tarde, Mateo y Mariana reinaban por sus hijos y en sus hijos.

Un movimiento admirable, heroico, les hizo conquistar aquella gloria. Acababan como héroes, como augustos ancianos, porque habían engendrado muchos seres y muchas cosas.

No les arredraron los combates, ni los obstáculos. El llanto había nublado muchas veces sus ojos.

Luego, al arribar al fin de la jornada, la paz, la calma, llegaron hasta ellos, satisfechos de la labor cumplida, seguros de que sus hijos y los hijos de sus hijos persistirían en la lucha por la buena causa, en la que ha de redimir a los hombres y fecundar el suelo.

Guardaban aún el rescoldo del divino deseo que les había inflamado a cada nueva concepción.

Eran como el templo sagrado en que habita el dios imperecedero que anima al universo y le impulsa a la creación ininterrumpida.

Su belleza resplandeciente provenía de la luz que irradiaban sus ojos; de aquella potencia y

facultad de amar que la vejez no pudo extinguir.

Quizá se excedieron, como decían en otro tiempo riendo; quizá exageraron. Pero, ¿no habían sido al cabo los únicos prudentes y previsores?

Sus hijos no mermaron la herencia de nadie; cada cual trajo su pan debajo del brazo.

Siempre es loable cosechar, cuando los graneros de la comarca están vacíos.

Sería preciso que hubiese muchos imprevisores de su especie para combatir la prudencia egoísta de los previsores.

Su ejemplo era el buen ejemplo cívico, la raza regenerada y fortalecida por el número, por la prodigalidad sana y alegre.

La vida exigió un nuevo heroísmo a Mateo y Mariana. Un mes después, cuando Domingo quiso embarcarse para el Sudán, Benjamín les explicó que una voz imperiosa, irresistible, le llamaba a la llanura desconocida, a las tierras vírgenes.

—¡Padre mío!... ¡madre mía! He luchado en vano; en vano me he dicho que es propio de un ingrato abandonaros... No puedo resistir. Si no me marcho, moriré en ociosidad vergonzosa, roído por la sed de infinito que siente mi alma.

Le escucharon tristemente, pero sin sorpresa. Preveían aquellas palabras desde la llegada de Domingo. Temblaban. Sentían que la vida tenía derecho a exigirles aquel último sacrificio, la ausencia de aquel hijo que, en su justo egoísmo, pensaron poder tener junto a sí hasta su hora postrera. Reinó un silencio solemne.

Al cabo, Mateo respondió con voz lenta:

—No puedo retenerte, hijo mío. Ve a donde te llama la existencia... Si supiera morir hoy, te diría que aguardaras a mañana.

A su vez, Mariana contestó:

—¿Por qué no morir en este instante?... Así nos ahorraríamos este último padecimiento.

De nuevo se evocó en su alma la imagen del cementerio de Jonville, donde dormían tantos seres queridos, donde irían a reunirse un día, no muy lejano. Aquel pensamiento no fué amargo para ellos. Pensaban que morirían juntos, pues no concebían la vida separados. ¿No vivirían siempre en sus hijos y en sus descendientes?

—Padre mío, madre mía—continuó Benjamín; —sería yo quien muriera mañana si no me marchase. Esperar vuestra muerte. ¡Dios mío! ¿no fuera deseable? Aun debéis vivir muchos años, y yo quiero vivir como vosotros!

De nuevo reinaron unos instantes de silencio.

—Ve, pues, hijo mío: tienes razón, es preciso vivir.

Pero el día supremo de la despedida fué dolorosa. ¡Cuán horrible era para los ancianos desprenderse de aquel hijo de sus entrañas para entregarlo a la vida, que ya les había arrebatado a los demás! Era la partida de Nicolás que se reproducía, el «nunca más» del hijo emigrante, lanzado al azar del viento, para fertilizar nuevas tierras.

—¡Hasta nunca!—exclamó Mateo llorando.

—¡Hasta nunca! ¡Hasta nunca!—repitió Mariana desolada.

*
* *

Ahora no se trataba ya de la patria, de Francia, sino de la tierra, de la humanidad. Después de la patria, la tierra. Después de la familia, la nación y luego la humanidad. ¡Qué aleteo invasor, qué vuelo tan alto y atrevido! Toda la frescura de los

océanos, todos los olores de los continentes vírgenes llegaban en alas del viento.

Mil quinientos millones de hombres poblando el globo, ¿no es una miseria pensando en los millones que la tierra puede alimentar? Locura es pretender ceñirse a la población actual; pensar que los núcleos de población han de variar, que han de perecer como perecieron Nínive, Babilonia, Memphis.

¡Esa es la hipótesis de la muerte, pues nada permanece estacionario, y lo que no crece, disminuye y muere! La vida es la marea alta cuya ola engendra cada día nuevas vidas.

El flujo y reflujo de los pueblos no es sino el descanso en la marcha hacia adelante; los grandes siglos luminosos borrados por otros siglos oscuros, marcan las etapas recorridas. Siempre se adelanta, siempre se conquista, siempre se crea.

La ley parece ser el doble fenómeno de la fecundidad creando la civilización que restringe siempre la fecundidad. El equilibrio se establecerá el día en que la tierra, cultivada y poblada, habrá cumplido por entero su tarea.

El divino ensueño, la utopía generosa llena tierra y cielos: la familia confundándose en la nación, la nación en la humanidad, para que no haya sobre la tierra sino un solo pueblo esclavo de la verdad, de la justicia, de la paz.

¡Ojalá que la eterna fecundidad crezca siempre, que la semilla humana rebase las fronteras, pueble los desiertos incultos, ensanche la humanidad en los siglos por venir, hasta llegar al reinado de la vida soberana, dueña al fin del tiempo y del espacio!

Después de la partida de Benjamín, Mateo y Mariana recobraron la paz y la alegría nacida de su tarea acabada, de su obra inagotable, pródiga.

No tenían ya nada suyo, sino la dicha de haberlo dado todo a la vida.

El «hasta nunca» de la separación, se convertía en el «siempre más» de la vida, ensanchado más allá de todo límite previsto. Cándidos y sonrientes, aquellos héroes casi centenarios triunfaban por el crecimiento y el poder de su raza.

A través de los mares, la savia generadora había fecundado el viejo suelo virgen del Africa, que debía convertirse en la gigantesca Francia de lo porvenir.

Después del Chantebled conquistado en un rincón del territorio nacional, otro Chantebled surgía cual un reino, allá abajo, sobre las vastas extensiones desiertas que la vida fecundaría en breve.

Era el éxodo, la expansión humana a través del mundo, la humanidad marchando hacia lo infinito.

Inglaterra: Agosto 1898—Mayo 1899

FIN

